

HACIA UNA SOCIEDAD NUEVA

QUIZA el señor Suárez no lo advierta enteramente, pero la sociedad española se está desmoronando. Suele decir el pueblo de los altos gobernantes: "Si se supiera lo que está pasando...". La frase no es enteramente cierta ni enteramente falsa. Los gobernantes suelen tener una información bastante completa de lo que pasa, pero no acaban nunca de creérselo. Ello les produce grandes sorpresas. Viven dentro de una cortina psicológica que les aísla. El señor Suárez tiene ahora en su equipo, en su incluso doble equipo, hombres de la calle, que vienen no del pueblo, naturalmente —a quien se concede una soberanía teórica, pero no una verdadera representación gubernamental: sigue siendo patroneado—, pero sí de un contacto diario con él, cosa que no pasaba en los Gobiernos anteriores, estrictamente formados por marginales al revés, por hombres soberbiamente separados del contacto con el país.

Al hablar del "doble equipo" del señor Suárez me refiero al Gobierno y a esa posible duplicidad del Gobierno que van a ser los ya anunciados asesores de la presidencia. Las primeras justificaciones que se han dado para ese cuerpo (invocando su legalidad a partir de un Decreto de 1976) es la de su existencia en otros países, y muy concretamente en Estados Unidos. El precedente tiene diferencias notables. El Presidente de los Estados Unidos no es un jefe de Gobierno, sino de Estado, dentro de un régimen presidencialista muy fuerte: y no tiene ministros —aunque a veces en la prensa extranjera se cite como ministros a los miembros del Gobierno— sino secretarios: secretario de Estado, secretario de Defensa, etcétera. Aun así, no se ha podido evitar una disfunción y unas contradicciones: las dificultades del asesor presidencial para asuntos exteriores, que fue Kissinger en principio, con la Secretaría de Estado produjeron graves problemas y contradicciones visibles en la política exterior de Estados Unidos, que no terminaron hasta que el propio Kissinger se vio elevado a la categoría de secretario de Estado y responsable único (aparte de la CIA, del Pentágono, y de otros organismos intervencionistas) de la política extranjera del país. Si los Estados Unidos no pueden absorber fá-

cilmente esta duplicidad de funciones, menos lo podrá España. Por otra parte, la imagen se enturbia: con una presidencia del Gobierno fuerte, flaqueada por un ministro de la Presidencia, con un equipo de asesores personales y con un Gobierno no responsable ante las Cortes, la figura del presidente del Gobierno se agiganta hasta proyectar una sombra de culto a la personalidad, a la que este país es muy sensible por sus experiencias anteriores.

PERO quizá este doble equipo sirva para recordar al señor Suárez que la sociedad española se está desmoronando a ojos vista, y que sólo tiene dos actitudes posibles para enfocar esta situación: o el conservadurismo de mantener los antiguos cauces de los que se desborda la sociedad, con los diques de la superstición que producía el régimen anterior —y el miedo a su fuerza represiva— ya rotos o la creación de una nueva dinámica social que recoja todas las nuevas aspiraciones y las nuevas exigencias. La idea de crear una democracia conservadora, la más conserva-

dora de Europa por sus estructuras políticas, es todavía posible en cuanto se refiera a la canalización de las fuerzas políticas; la de mantener una estructura de la sociedad rígida y arcaica ha dejado de serlo. La forma en que la sociedad que hemos conocido hasta ahora se desmorona no es, entendámonos, negativa. Se rompe una cárcel de usos y costumbres porque no sirve, porque no es apta para la vida. Se rompe más visiblemente por donde más oprime, o por donde se ha hecho más arcaica: desde la forma de las instituciones penales u hospitalarias hasta la de las costumbres sexuales. Pero no son sólo esos extremos. Se desmorona el sistema de funcionariado, la opresión de la burocracia a todos los niveles, la dictadura de la corrupción grande o pequeña, la configuración misma de la empresa privada hecha a medida, a imagen y semejanza, de un régimen que ha caído, un superhombre y una pirámide de trabajadores de todas clases que no tienen arte ni parte en aquello que va a ser su destino; se rompe la estructura familiar (también sobre la





Fuentas Quintana: el esfuerzo y la responsabilidad de todos.

imagen paternalista del régimen anterior), como el miedo a la huelga, a la manifestación en la calle, a la insignia en la solapa. Una comunidad de hombres y mujeres libres, no sólo aquellos que pueden votar, sino aquellos que quieren inclinar sus propias vidas según sus necesidades. Las autocracias piden sacrificios, piden austeridad, piden sumisión: las democracias tienen que ofrecer satisfacciones reales y aborrrar represiones inútiles. Cuando se rompe un sistema autocrático se debe saber que la sociedad en su propia constitución no puede seguir siendo sumisa y acatante. Cuando el señor Fuentas Quintana, vicepresidente del Gobierno para Asuntos Económicos, dentro de un coherente y a todas luces estimable discurso de declaración de principios, como el realizado el viernes en Radiotelevisión Española, pide el esfuerzo de todos, la responsabilidad de todos, debe saber que aunque sus palabras sean justas producen un efecto psicológico inquietante: porque en los largos años de autocracia se ha pedido el esfuerzo de todos, y siempre ha sido el esfuerzo de todos menos algunos —los de siempre— y que el medio por el que está transmitiendo su mensaje está contaminado por esa inducción al sacrificio que luego se ha apoyado en el uso de la fuerza y la prohibición.

ESTO es sólo un ejemplo para poder decir que el Gobierno debe saber que actúa y trabaja con un país cansado de experiencias falsas y decidido a hacerse respetar. Y para que se sepa

que el esfuerzo y la responsabilidad se obtienen por la libertad y por el consenso, o por la fuerza absoluta. Ya es tarde para la fuerza absoluta: pasó su tiempo, pasó su eficacia. Es el tiempo de la libertad y del consenso, que no se otorgan. Se asumen, se canalizan, se aceptan. Es ahora una clase que ha dictado sus normas —aunque no las haya cumplido— la que tiene que asumir su propio esfuerzo y su propia responsabilidad. Se decía siempre que el pueblo español no estaba maduro para la democracia: se demuestra ahora que la que no está madura para la democracia es aquella clase que ha monopolizado para sí misma la condición de dirigente, y que no se resigna a dejar de serlo ni siquiera a evolucionar más que en su definición y su nombre.

LO que llamamos desmoronamiento de la sociedad española ha sido detectado ya, con un signo peyorativo, por quienes todavía asumen las posiciones contrarias y encuentran que el "orden" no puede ser más que el suyo. Son las voces predominantes, mientras las gubernamentales no se inclinan y las de los partidos se callan prudentemente, inquietos porque la asunción de unas libertades tenidas hasta ahora como condenables puedan teñir su acceso al militante y al elector. Pero debe aceptarse de que la idea del español "mitad monje y mitad soldado" ha dejado de ser válida. Los monjes son monjes, y los soldados, soldados: si los hay híbridos, allá ellos. Pero la inmensa mayoría de la población española

está muy lejos de esos ideales que se quisieron implantar con camisa de fuerza y que jamás cumplieron sus propagadores —y quizá el propio Franco, por su carácter y su idiosincrasia, fuese una excepción—. Las llamadas a la austeridad para salvar una hacienda común que otros han dilapidado suenan a injustas.

OTRA cosa es la responsabilidad. Para pedir la responsabilidad de todos, hay que empezar por garantizar la igualdad de todos, y por dar a todos los instrumentos necesarios para que decidan por sí mismos cuál es su responsabilidad real, cuál su participación en el esfuerzo colectivo y cuál su beneficio personal, y cuál es el de los demás. Desde la separación radical entre lujo y necesidad hasta la devolución de la capacidad de pensar por cuenta propia, largo tiempo secuestrada. Lo cual no se consigue solamente por la libertad de prensa, sino por el abaratamiento de la cultura y de la educación, por la igualdad de opciones y de oportunidades. A la cual tampoco se tiene acceso si se está atenazado por el miedo y la represión.

AL iniciar sus actividades por una proclamación de principios económicos y por un Consejo de Ministros dedicado a este tema primordial, el Gobierno da una prueba más de su capacidad de sensatez y de creación de imagen. De todas formas, nadie sabrá nunca por qué el señor Suárez no ha tomado estas medidas un año atrás, por qué no se ha rodeado de estos colaboradores hace un año, cuando accedió al poder. Por qué se ha perdido todo un año en la revisión de leyes, en la liberación de usos y costumbres, en lo que no se sabe todavía cuánto tiempo más se ha de perder. Hace un año, la gestión del señor Fuentas Quintana hubiese sido mucho más posible y mucho más eficaz que ahora. La necesidad de buscar un respaldo electoral para tomar ciertas medidas podría ser una razón: nunca parecerá suficiente.

ESTA sociedad antigua que se desmorona está pidiendo urgentemente que se le den cauces claros y concretos: sabe cuáles son, y los enumera cada día. Todos los estamentos, todos los grupos, todas las minorías del país los piden con urgencia, y la urgencia es necesaria. Se está creando un vacío entre la sociedad dura del tiempo pasado y la sociedad tolerante y amplia que forzosamente tiene que ser la de la nueva España: ese vacío se está cubriendo con lagunas de desorden y de incompreensión mutua. El poder debe asumirlo. ■